

## EL PROBLEMA DE LA LIBERTAD Y LA EFICIENCIA EN LAS UNIVERSIDADES, SEGUN EL PROF. ROWE

En el número 16 de "Science and Freedom" de Manchester, Inglaterra, autores ingleses, australianos y canadienses abordan el problema del título.

El profesor A. P. Rowe de la Universidad de Adelaida, Australia sostiene, entre otras afirmaciones que "la mayoría de nosotros sabe lo que entendemos por eficiencia y libertad en relación, por ejemplo, con un país industrial altamente poblado. Ser eficiente significa producir mercaderías vendibles suficientes en la competencia del mercado; significa que, de un modo u otro, debemos pagar por nuestras máquinas lavadoras, estudios de televisión y servicios de salud; por desempeño honesto y sabia dirección. Lo que se entiende por libertad es más oscuro y sin duda los países comunistas gozan de ciertas libertades que nosotros no tenemos. Tal vez la esencia de la libertad que anhelamos es el derecho legal y socialmente aceptado de tratar de alterar la serie de reglas que gobierna nuestra vida, y las cuales a menudo necesariamente limitan nuestras libertades y cambian a la gente que hace las reglas, sean ellos miembros del parlamento o de los gobiernos locales".

Más adelante el profesor Rowe expresa que "una comunidad de estudiantes pudo desde antiguo decidir en gran parte renunciar a las ventajas materiales de nuestra sociedad mecanizada y probablemente podría crecer lo suficiente para conservar cuerpo y alma mientras se dedica a estudiar".

Las universidades han evolucionado desde pequeñas comunidades separadas hasta ser cuerpos que comúnmente integran centenares de profesionales de ambos sexos y miles de estudiantes, trabajando en instituciones que prestan servicios esenciales a una nación, y los cuales son en gran parte sostenidos por los contribuyentes. Es tal, sin embargo, la herencia del romanticismo ligado a las universidades, que el clamor por la libertad académica es incesante, en tanto la palabra eficiencia puede apenas respirar dentro de sus murallas —nos dice el profesor Rowe. Pareciera existir una suposición tácita de que las universidades son intocables y que deben escapar a la crítica, si bien es curioso cuán poco se sabe de cómo trabajan. Después de criticar algunos aspectos del gobierno universitario en Inglaterra, Canadá, EE. UU. y Australia, el profesor Rowe expresa que una de varias cosas pueden ocurrir cuando un poder efectivo queda en manos de un cuerpo grande de personas. El resultado más probable es un programa inimaginado basado en el statu quo y en la protección mutua; un más bajo común denominador de las opiniones y deseos de sus nume-

rosos miembros. "Recuerdo —dice— cuando sir Stafford Cripps me dijo en 1945 que él nunca volvería a unirse a un gobierno de coalición, pues cuando un gran número de personas de diferentes opiniones e intereses llegaban a un acuerdo, no valía la pena preocuparse por la decisión. Lo mejor que puede ocurrirle a un consejo de profesores, para conseguir un poder efectivo, es caer en manos de dos o tres hombres excepcionales, de gran status académico y fuerza de carácter. Si faltan hombres de gran estatura académica, fuerza de carácter y sabiduría, es probable que una junta de profesores caiga en manos de un clan de hombres menores que busque en la política universitaria el bálsamo para su falta de distinción en los diferentes campos. Lo mejor que se puede esperar de semejante consejo es un cómodo statu quo.

Más adelante dice el articulista:

"Hablar de eficiencia dentro de las universidades puede acarrear una acusación de pragmatismo, como si fuera un crimen tratándose de fondos públicos. No obstante, es al pragmatismo que muchos apelarán cuando quieran defender la administración existente de las universidades tradicionales. La defensa es que, a pesar de lo desaliñado que parece todo en teoría, en la práctica el sistema funciona y funciona bien. ¿Funciona? Es la esencia de mis observaciones que no. En un breve artículo debería bastar con dos ejemplos de caminos en los cuales las universidades están bajo el nivel de lo que deberían ser.

"Primero, considerar la investigación departamental como distinta del trabajo de investigación de más o menos tiempo completo realizado por equipos en instituciones ligadas a las universidades. No es fácil evaluar la calidad del trabajo de investigación y éste ciertamente no puede medirse por el grosor de los informes de investigación. Existen, sin embargo, razones por las cuales la declinación de la importancia del trabajo de investigación departamental en las universidades es inevitable bajo las condiciones existentes. Una razón es que las universidades ahora necesitan competir con los establecimientos de investigación gubernamentales e industriales, los cuales están más y más interesados en ese trabajo fundamental que fue antes casi un monopolio de las universidades. Estos establecimientos dan un grado de continuidad como afinidad de propósitos y trabajo de equipo inobtenibles en los departamentos de enseñanza universitaria. Otra razón para la mengua del trabajo de investigación departamental se debe a que la investigación científica consiste cada vez más en un trabajo de equipo, que requiere de hombres especializados en varias

ramas de las ciencias físicas y biológicas; pero este tipo de trabajo de equipo es incompatible con el departamentalismo dominante en las universidades tradicionales. En ellas, cada departamento debe tener sus programas de investigación y sus investigadores controlados por un director; por cierto, que existen excepciones, pero este es el cuadro general en este tipo de universidades. Además está el problema de la seguridad, porque el valor de un trabajo no puede sufrir objeción a menos que haya sido publicado, sin que esto constituya en absoluto una costumbre generalizada.

Sin embargo, la principal razón que explica el descenso de la investigación departamental en las universidades, es la creencia muy común y que muy pocos se atreven a negar, de que la enseñanza y la investigación son inseparables, y que una se alimenta de la otra. Esta ficción es la culpable de muchas existencias que transcurren en una estéril ociosidad, lo cual resulta muy adecuado para aquellos que temen que la enseñanza y la investigación sean adjudicadas separadamente a aquellos que se han especializado en una u otra de estas diferentes artes. Casi no es necesario señalar que existe un gran número de maestros capaces que no hacen trabajo de investigación que merezca el nombre de tal, y gran número de investigadores capaces en los establecimientos gubernamentales e industriales y en los institutos de investigación universitarios que participan poco o nada en la enseñanza y que desapruaban la afirmación de que la enseñanza y la investigación son inseparables.

El segundo aspecto se relaciona con la enseñanza, tanto en nivel como en calidad. No pretendo adentrarme en la cualidad de la enseñanza más que para decir que esta es la esencia del trabajo universitario. Una y otra vez se oyen las voces de aquellos que miran la enseñanza en las universidades como más importante que la investigación. No hay duda de que en las universidades existe un caudal de enseñanza adecuada, pero la revolución social está llevando a las aulas universitarias a miles de jóvenes que demandan un más alto promedio en el nivel de educación que el que se provee por personal mal preparado, designado principalmente por sus antecedentes, o tal vez sólo por lo que prometen, en el campo de la investigación, los cuales al ser destinados quedan sin una supervigilancia sobre lo que enseñan.

Pero es un aspecto mucho más descuidado de la enseñanza el que yo quisiera tratar. Me refiero a la importancia de ensanchar la educación de tal modo que los graduados salgan al mundo con algún conocimiento de cómo su profesión se adapta al modelo de la sociedad, de manera que estén más y no menos educados, de lo que estarían si la enseñanza universitaria no hubiese canalizado sus mentes a lo largo

de las sendas de la especialización y la absorción del material relativo a los hechos. Creo casi escuchar un coro de protestas: "¡Este no es un asunto descuidado!" Difícilmente en el mundo universitario se ha hablado o escrito más que sobre la necesidad de un ensanchamiento de la profesión educacional. Esto es verdadero, pero excepto en una o dos nuevas universidades que han tratado de evitar desde un comienzo el rígido departamentalismo, poco se ha hecho. Pequeña consideración parece darse a reclutar o adiestrar *staff* para enseñar o para examinar a los estudiantes en la amplitud de sus conocimientos. Los empleadores, la prensa y corporaciones tales como el Grants Committee de las Universidades Británicas hacen incansantes llamados para una ampliación de la educación, pero el intentar encarar el problema audazmente e imponerse sus magnitudes tendrá una fría recepción en las universidades. No ha faltado propaganda oral para la idea de un ensanchamiento de la educación en las universidades, pero un rígido departamentalismo y el mito del profesor-dios estorban algunas cosas de las muchas que se pueden realizar. Permítaseme contar una experiencia personal que se me ha quedado profundamente grabada:

Durante cinco de los años que pasé en una universidad tradicional, los estudiantes cooperaron espléndidamente conmigo haciendo una investigación en la cual, inter alia, yo trataba de determinar, así que pasaran los años, el grado en el cual los estudiantes estaban siendo educados en un sentido tradicionalmente asociado con el entrenamiento de una universidad. Se calculó para ello una relación numérica que se llamó factor E. El resultado fue de que este factor E mantenía estrecha correlación con la ocupación paternal. De esa investigación, y de mi experiencia personal en muchos países, he salido convencido de que un alto porcentaje o quizá la mayoría de los estudiantes que la revolución social ha llevado a la universidad desde hogares incultos, están menos cultivados al salir de ella que al comienzo, lo que es particularmente verdadero en ingeniería y medicina. Si ellos no hubiesen estado en la universidad, su natural deseo por aprender se hubiera canalizado hacia las lecturas generales, las conferencias públicas y los cursos para adultos. Los resultados cuantitativos de mi investigación formaron parte de un libro que he escrito sobre las universidades tradicionales, pero aunque no faltaron comentarios favorables o desfavorables sobre mis puntos de vista en conjunto, la importancia de una correlación tal entre el factor E y el hogar fue observada únicamente por un departamento de una universidad sueca. Cualquier reclamo de originalidad plausiblemente recibirá una merecida desilusión, pero tanto como puedo saberlo, la investigación tenía un carácter único. Yo esperaba críticas a los resultados

de la investigación, pero existe repugnancia en las universidades a investigar sus propios problemas.

A mi entender, la verdad de este asunto es que las universidades están fracasando en proporcionar eso vital que alguna vez proporcionó la clase de hogar del cual proviene la mayoría de los estudiantes, y este problema las universidades deberían estudiarlo continuamente sobre bases cuantitativas. Hay poco mérito en hablar sobre la libertad en las universidades si hay presión para evitar investigaciones cuyos resultados son poco gratos al paladar.

Si he escrito acerca de cosas erradas dentro de las universidades en lugar de hablar de las muchas cosas que andan bien en ellas, es debido a que la autosatisfacción, la complacencia y el miedo a la crítica que reinan en las universidades provocan que por lo menos unas pocas voces digan que no todo está bien detrás de sus puertas. Sobre los posibles remedios he escrito por todas partes. Es suficiente decir aquí que lo esencial de esta materia es proporcionar una medida de autoridad por sobre el nivel profesoral, la cual puede usarse para elevar el status de la enseñanza y distribuir las variadas funciones de una universidad, tales como enseñanza e investigación, a aquellos mejor capacitados para trabajar en esos distintos campos. La alternativa es una gran cantidad de pobre enseñanza y una gran cantidad de investigación de tercer grado. En los asuntos académicos esa autoridad podría ser no la de un cuerpo de gobierno no profesional ni tampoco un cuerpo de cinco cabezas de departa-

mentos, sino la de un pequeño cuerpo de académicos de reconocida sabiduría y experiencia. Es dificultoso ver por qué los procesos de discusión y las decisiones autoritarias comunes a los departamentos de las universidades y a la mayor parte de los campos ajenos a las universidades no pueden ser también necesarios en el cuerpo total de la universidad. ¿Debido a qué extraordinario proceso de pensamiento puede haberse acordado que esta sobresaliente cualidad sea reconocida en casi todas las fases de los asuntos humanos excepto en un cuerpo de profesores?

Este artículo se refiere a la libertad, pero puede haber muchas libertades dentro de una universidad. Hay, o podría haber, la libertad de un profesor de enseñar porque pone su corazón en ello; enseñar sin temor de que si él no realiza investigaciones sea mirado como inferior a quienes se conducen de otro modo. Está la libertad del investigador de dedicación exclusiva a la prosecución de su labor investigadora sin dar el handicap de intensas labores de enseñanza y exámenes y sobre todo sin la necesidad de participar en la administración y política universitarias.

Donde reina el igualitarismo, donde todos los cabezas de departamentos o facultades se han arrogado el ser iguales en todos los aspectos y donde los cambios y experimentos necesitan ser aprobados por un enorme cuerpo de gente que abarca un extenso campo de intereses, habilidades y energías, la principal libertad que quedará será la de ser tranquilamente mediocre a expensas del contribuyente, el estudiante y la nación.

## LA ENSEÑANZA EN LA ESCUELA DE ECONOMIA

por el prof. JOSÉ VERA LAMPEREIN  
(De la Facultad de Ciencias Económicas - Centro de Planificación)

Según se hace notar en el Informe sobre Enseñanza de la Economía en Latinoamérica, preparado por la Misión de que formó parte el señor Decano, el nivel de eficiencia de nuestra Escuela, comparado con el resto de las escuelas visitadas, es notablemente satisfactorio. Dentro del Continente, parece no haber duda de que nuestra Escuela figura tal vez en el primer lugar. Personalmente estoy de acuerdo con ese juicio, teniendo en cuenta que se trata de un juicio comparativo y que se basa en un modelo implícito bien determinado. Al sostener aquí que existen deficiencias en nuestro programa, estoy sosteniendo en realidad que el modelo implícito a que me refiero es insatisfactorio.

En términos simplificados, se puede definir este modelo con dos criterios. Uno se refiere a los métodos y condiciones en que se realiza la enseñanza. El otro,

al contenido y objetivos de los programas. Nada tengo que decir respecto del primer criterio, salvo que el pie de eficiencia que exhibe nuestra Escuela, si bien elevado, admite mejoras. Sin duda hay margen para aumentar el número de profesores de tiempo completo; para ligar más estrechamente las Investigaciones de los Institutos y Centros de la Facultad con la Enseñanza; para mejorar las facilidades bibliográficas, el control de los estudios y la disciplina. Pero todo esto, más en un plano de perfeccionismo que de revisiones básicas.

El problema es con el segundo criterio.

Un análisis global permite clasificar el actual Programa en tres categorías y un Apéndice. Las categorías son:

1. La enseñanza de las materias que dan una base matemática a los alumnos y el dominio de los instru-